



Una lectura latinoamericana: la crisis actual y los cambios necesarios

Ignacio Basombrío¹

Editor Asociado de *Le Monde Diplomatique*

Docente PUCP

Abril, 2007

Ignacio Basombrío (2008, Abril). Una lectura latinoamericana: la crisis actual y los cambios necesarios *Palestra*, *Portal de Asuntos Públicos de la PUCP*. En: <http://palestra.pucp.edu.pe/?id=371>

**El artículo fue preparado y publicado originalmente para
“Palestra, Portal de Asuntos Públicos de la PUCP”, 2008.**

Sumilla: El actual paradigma de la globalización como eje del desarrollo económico de los pueblos tal como se presenta hoy nos muestra deficiencias aun para las naciones desarrolladas como en el caso de la crisis que vive los Estados Unidos. Este hecho afecta a los estados más pobres entre los que se encuentran los países de América Latina, puesto que estos presentan una mayor dependencia de las grandes potencias. Para paliar estas situaciones, los países latinoamericanos deben implementar mecanismos internos de control y estrategias negociadoras para modificar los términos de la globalización. Estas deben ir más allá de las propuestas del FMI, puesto que, a pesar de los éxitos de las cifras y de la estabilidad macroeconómica, Latinoamérica se presenta aún como una región en crisis y muy sensible frente a los procesos de desaceleración económica.

La crisis económica en los Estados Unidos tendrá efectos negativos en países en desarrollo como los latinoamericanos. En la lógica del sistema global, una parte significativa de los costos de los errores de los países centrales son pagados por las naciones periféricas. La globalización, establecida como modelo desde la última década del siglo XX, no ha cambiado las condiciones objetivas que dieron lugar a la teoría de la dependencia, uno de los más importantes aportes del pensamiento latinoamericano.

Los problemas anteriormente confrontados por la economía internacional, por excesos e imprudencias de algunas grandes instituciones financieras, golpearon a las naciones en desarrollo y afectaron sus ingresos, además de alterar, en sentido negativo, las proyecciones de crecimiento de sus respectivas economías.

El efecto dominó

La interdependencia, sobre la base de las reglas de más mercado y poco Estado, genera un efecto dominó al registrarse crisis de magnitud. Los efectos de estas se propagan rápidamente y países que no tienen responsabilidad alguna terminan, en plazo relativamente corto, pagando una parte de la factura.

Puede afirmarse, sin que ello signifique una exageración, que en el contexto actual las naciones desarrolladas, en particular los Estados Unidos, logran apropiarse de los beneficios de la globalización. Pero, cuando se registran pérdidas, estas se socializan y afectan al resto de la comunidad internacional. Fuentes confiables no vacilan en señalar la magnitud de problemas de la economía norteamericana. En un análisis efectuado por Bloomberg respecto de la situación financiera, se señala que “sigue habiendo una tendencia considerable a negar la magnitud de los problemas de los Estados Unidos. La crisis de



hipotecas de alto riesgo condujo a un contagio más amplio en los mercados de crédito que se está propagando por todo el mundo, así como pasó en la crisis financiera de Asia en los años 90”.

El diagnóstico es, en opinión de diversos analistas, razonable y realista. Se complementa con otra afirmación de la misma entidad: “la tendencia a negar la realidad (por parte de las autoridades norteamericanas) no logrará otra cosa que dejar que estos problemas se agranden aún más”.

¿Existen opciones políticas y económicas?

Frente a tal situación cabe preguntarse ¿cual puede (o debe) ser la respuesta de los países potencialmente afectados? Existen, cuando menos, dos respuestas, ambas con sentido y proyección política. Por una parte, es necesario establecer mecanismos internos de control que atenúen los impactos negativos de la propagación de los efectos de la crisis. Por otro lado, lo es también adoptar una estrategia negociadora para modificar los términos y condiciones donde se ha estructurado el modelo globalizador actual.

El desafío más que técnico es de naturaleza política. Requiere de liderazgos claros para establecer un orden económico internacional más equilibrado y solidario. Existen suficientes diagnósticos de organismos y académicos que han evaluado y cuestionado determinados aspectos que tornan al modelo global actual en un factor de perpetuación de desequilibrios y, además, concentrador de los mayores beneficios en los países centrales. Conviene, para describir la situación actual, utilizar la expresión cepalina de la dependencia de los países en desarrollo que no ha perdido vigencia, a pesar de los intentos por negar el lúcido análisis de Raúl Prebisch y de sus discípulos.

A mediados de enero de 2008, José Luis Machinea, Secretario Ejecutivo de la CEPAL, realizó un diagnóstico correcto de la situación global y de sus proyecciones. Indicó al respecto que factores negativos por considerar son la crisis hipotecaria de los Estados Unidos, las turbulencias en los mercados financieros, la posibilidad de una crisis en el sector bancario, especialmente en los Estados Unidos, y el incremento del precio del petróleo. Tales factores, en opinión de Machinea, obligan a la región latinoamericana a adoptar medidas preventivas.

Considero que la experiencia de las crisis anteriores y el costo pagado por América Latina indica que la prevención no resulta suficiente. Es necesario agregar medidas correctivas que reduzcan la dependencia y la vulnerabilidad frente a los impactos negativos provenientes de los países mayores. ¿Como establecer medidas correctivas que no signifiquen introducir factores negativos en la relación internacional de los países de la región latinoamericana? Tal es la gran cuestión que debe marcar la actitud proactiva de las naciones de la región. Debe tenerse presente que, si bien es cierto no cabe aceptar que la globalización ha incrementado la interdependencia entre los estados y las economías. También es un hecho de la realidad que no ha perdido vigencia la responsabilidad de los Estados nacionales para afrontar los problemas internos y de su relación equitativa con la comunidad internacional.

Una receta discutible

El Fondo Monetario Internacional (FMI), que ha incurrido en errores de apreciación acerca del comportamiento de la economía latinoamericana, oscila, en la actual coyuntura, entre el optimismo y la prudencia. Posiblemente, para hacer respetar su prestigio académico y técnico, mantiene posiciones ambivalentes.



Anoop Singh, Director del Departamento del Hemisferio Occidental del FMI escribió, en noviembre de 2007, que "ha sido asimismo notable la capacidad de resistencia de la región ante la turbulencia que empezó en agosto de 2007. Hubo cierta volatilidad, pero la región en general resistió este shock externo sin sobresaltos, y las fluctuaciones en los flujos de capital fueron absorbidas por los tipos de cambio flexibles"².

Tal discurso optimista debe ser analizado en nuestros países con criterios más críticos. En efecto, a lo largo de las últimas dos décadas, los costos de los programas concebidos en laboratorios de ingeniería social y de manejo macroeconómico han sido pagados por un número elevado de ciudadanos de la región latinoamericana, agobiados por la pobreza, el desempleo y la exclusión.

El señor Singh afirma, además, que no todo está tan bien como parece y que, por ello, hay que adoptar medidas. Dice que el factor positivo anotado "no significa que ahora América Latina sea inmune al contagio. La región sigue siendo muy sensible a una desaceleración brusca a escala mundial, a una mayor contracción de los mercados de crédito o a un empeoramiento de los términos de intercambio". Es decir, presenta un cuadro dramático que, en el cálculo de probabilidades, podría presentarse por las características del actual modelo, en el cual los efectos negativos de las crisis producidas en los países centrales se propagan con gran rapidez en las naciones en desarrollo. En términos generales, el alto funcionario del FMI recomienda que, para hacer frente a los altos costos del ajuste que podría derivarse de la actual crisis en los Estados Unidos, resulta "importante consolidar y ampliar las recientes mejoras macroeconómicas". ¿Qué se puede entender de la receta anteriormente señalada? ¿Más de lo mismo? ¿Asumir el costo de la globalización y esperar tiempos mejores? ¿Perder las ganancias obtenidas en la etapa de la bonanza?

En el recetario del FMI, no existen demasiadas alternativas. Es posible que la imaginación se encuentre limitada por el realismo dogmático. No cabe esperar, en consecuencia, que propuestas alternativas, algo más que preventivas, provengan de los centros del pensamiento financiero multilateral. Considero que es conveniente, sin abandonar los conceptos del mercado y del buen manejo económico, adoptar algunos cambios que respondan a los efectos negativos que pueden presentarse en el escenario económico global. Tales cambios no pueden ser simplemente cosméticos. Se requiere de algunos ajustes de fondo, para atenuar los costos de la crisis. El Estado, en tal contexto, debe recuperar el papel de liderazgo, sin caer en los excesos del controlismo y, menos aún, del desorden en el manejo de las principales variables económicas.

Dice el señor Singh que "los países latinoamericanos no deben descuidar la tarea básica de fomentar la inversión y la productividad. Estos esfuerzos ayudarán a intensificar la batalla contra la pobreza y la desigualdad social en la región". La anterior es una afirmación válida, pero difícil de lograr en el entorno de la inestabilidad y volatilidad actual. Por ello, es necesario revisar el proyecto globalizador para corregir sus imperfecciones con la adopción de medidas de fondo que permitan lograr más equilibrio en las relaciones económicas internacionales y, además, otorgar estabilidad y seguridad al proceso de desarrollo global.

² Clarín, Buenos Aires, noviembre 20, 2007